

ÍÑIGO SALVADOR. *1822*. Bogotá: Editorial Planeta, 2022.

1822, desear la patria que falta

Mientras prosiga la historia, se sigue soñando. Pero si la historia es algo más que una serie de catástrofes, hay que aprender a soñar. Y ello es posible, por extraño que parezca.

María Zambrano

Los críticos Seymour Menton (1993) y Fernando Aínsa (1991) coinciden en que la nueva novela histórica busca a) una relectura de la historia fundada en un historicismo crítico; b) la impugnación de las versiones oficiales de la historia; c) la denuncia de una multiplicidad de verdades históricas; d) la desmitificación de la historia y de sus héroes; e) la reescritura irónica de la historia; y f) el uso de lenguajes arcaicos para ficcionalizar la época, que deviene en una suerte de barroquismo literario.

¡A no dudar! ¡Nuestra historia ha sido contada y habitada en las versiones oficiales del poder! También es esto coinciden Benedict Anderson en su célebre *Comunidades imaginadas* de 1983, y Doris Summer con su *Ficciones fundacionales*, de 1993; al afirmar que nosotros habitamos una nación o país imaginado, ficcional. Hecho a la medida, al gusto de los intereses capitalistas y del mercado.

La literatura, específicamente, la narrativa desde siempre ha gozado de mayor libertad para ‘completar’ los espacios en blanco que ha dejado la historia, y que son resueltos o ‘rellenados’ por la escritura de ficción. Algo similar decía Borges (1941) cuando afirmaba que nuestra tradición escrita está hecha por tachaduras del pasado. Y, todavía mejor, Piglia, cuando sentencia que la “historia está hecha de rastros de la ficción” (1983).

La ficción, entonces, es parte constitutiva no solo de la literatura, sino también del discurso histórico. Del mismo modo, la estructuración utópica de la realidad, las múltiples perspectivas enunciativas, el plurilingüismo, la conflictividad ideológica, la variedad de estrategias narrativas conforman los núcleos de coincidencia entre el discurso literario y el histórico. En este sentido, podemos encontrar una multiplicidad de discursos como cartas, diarios, proclamas, dichos, refranes y sentencias, que provienen de la tradición oral y escritural, y marcan las tensiones sobre la concepción de la cultura, la política, la sociedad, el poder, la libertad.

Esto podemos apreciar en *1822* de Íñigo Salvador. Novela histórica compuesta por tres capítulos: el Río, el Valle y el Volcán. Narra la campaña libertaria de Quito liderada por Antonio José de Sucre y el ejército colombiano, que inicia en Guayaquil y culmina con la gesta del 24 de mayo. Se constituye en un diario de viaje atravesado por la retórica del deseo romántico no precisamente heredero de la novela decimonónica. Recordemos que en el decimonono la retórica del amor, específicamente de la sexualidad productiva

se consuma en la intimidad del hogar. En 1822, en cambio el deseo se aviva y se consuma en la jungla, el páramo o la montaña. Digamos, en los ‘espacios no oficiales’. Considero que este aspecto es uno de los aportes significativos de Iñigo Salvador a las letras ecuatorianas y latinoamericanas.

Por esta razón, valoro mucho la construcción de los personajes de Antonio José de Sucre y Abdón Calderón desde su naturaleza humana. En el primer caso, se magnifican sus esfuerzos libertarios, a pesar de habitar bajo las sombras de Simón Bolívar. Sucre percibe, contempla y goza del paisaje natural y los seres que lo habitan; y en complicidad con el narrador echa a andar una formidable máquina sinestésica para hacernos partícipes de los olores, sabores, sonidos de la naturaleza, y transmitirnos aquello que no sentimos, a pesar de que el protagonista es un ser un extraño en nuestra nación. Escuchemos con atención este pasaje de la obra que, a modo de parodia de las crónicas de los descubrimientos, nos transmite un paisaje fascinante al pie del río Guayas:

El mismo bosque de mástiles de los barcos que fondean. Lo que no ve, empero, es el mar. Delante de su ventana un torrente de chocolate espeso fluye de izquierda a derecha entre el borde del malecón y la distante orilla de enfrente. Es el caudaloso río Guayas –“la ría”, la llaman aquí atribuyéndole veleidades de mujer– que corre, sereno, hacia el mar, arrastrando miles de lechuguines flotando. (30)

“La ría”, la mujer, la vida, la naturaleza, la pasión, la carencia, la necesidad. Es cierto: lo femenino interesa en la medida que representa la quintaesencia de la otredad, pues la máquina que habla en una lengua extranjera o literatura menor, que deviene en la nueva patria, la patria que falta, la tierra prometida, la naturaleza, la ecología. Atendamos, ahora, el proceso de seducción entre el protagonista y la hermosa Tomasa, símbolo del exotismo montubio:

Y mientras él le contaba sobre su orfandad cumanesa, su solitaria adolescencia de cadete, su eterna trashumancia, el vino hacía su efecto y al militar le resultaba cada vez más difícil apartar la mirada del escote de la blusa blanca con vuelo bordado, que dejaba a la vista los senos pletóricos, divididos por un profundo valle tropical... Oscuridad total... Otro valle vertical, de enmarañada negrura se escondía entre los muslos de Tomasa, y en su interior una flor de tonos púrpuras desprendía dulce miel y perfume embriagador... Una noche con una mujer como Tomasa es un momento único, en el que puede abandonarse, sin pensar más en la batalla. (54-55)

El caso de Abdón Calderón es similar: a partir de un ejercicio de deconstrucción del mito de este personaje, se recrea un antihéroe que desmonta el discurso oficial de una comarca: la ciudad de Cuenca, ciudad mojigata y apestada por la Iglesia:

Ese día, atravesamos la ciudad desde la plaza de San Sebastián, al oeste, hasta la plaza de San Blas, al este. Los cuencanos atestaban toda la calle del Sagrario y,

desde balcones, hermosas muchachas nos lanzaban “chagrillo”, que es como aquí llaman a los pétalos sueltos. En cada bocacalle un arco de flores y guirnaldas de papel de colores se alzaba a horcajadas sobre las dos aceras. Las campanas de todas las iglesias de la ciudad, que son muchísimas, repicaban sin parar, contagiando a la multitud de alegría y expectación. (192)

La novela nos relata que Abdón Calderón regresa a su natal Cuenca a los nueve años. Que se casaría con su prima Eloísa cuando Quito quede libre. Que atraviesa el centro histórico de Cuenca, pasando por Todos Santos, el río Tomebamba hasta llegar al barrio de las Herrerías en busca de herraje para su caballo. Que, precisamente, aquí conoce a Ángela Asitimbay.

Lo hemos dicho: la presencia de lo femenino es muy significativa en esta obra. Máquina de la escritura; máquina femenina que sigue narrando, traduciendo, completando los espacios en blanco del mapa textual, con fragmentos de memoria que tienden a desaparecer. La escritura como máquina femenina que completa los espacios en blanco de la historia, los silencios acallados por el poder, y que se registran en la memoria de lo planetario. Ángela le increpa a Calderón cómo concibe el proyecto independentista:

—¿Y cómo va a cambiar mi vida esa famosa independencia suya, ah? [...] ¿Usted cree que para mí y la gente como yo esa famosa independencia significará algo? Tal vez para usted y los suyos haya algún cambio; no sé, conseguirá algún empleo en el Gobierno, se hará entregar tierra... Pero de nosotros los pobres, nadie se acuerda. No se acuerdan los realistas ni se acordarán ustedes. Para nosotros, para mí, nada cambiará. (252)

Ángela, reescribe la historia que no se cuenta, o que no quisiera nunca ser contada: la voz del pueblo, de las otredades, de las diferencias. Reescribe, tachona en el intersticio la historia que no conviene al poder que se escriba, pues pone en riesgo sus privilegios. 1822 no se constituye, solo en un mapa verbal que narra las hazañas de los seres o describe los espacios durante la gesta independentista, también narra la división geográfica de la memoria, su fragmentación y, en consecuencia, la creación de varias versiones de la realidad, que deviene en un crimen, estafa o robo (Piglia).

Ciertamente, estamos frente a una obra que evidencia las tensiones de una época en la que los protagonistas (varones y mujeres) miran el proyecto emancipador con serias dudas, y donde la presencia de la mujer y la naturaleza transmiten esa sensación de hastío frente a un escenario convulso, en que reina la delación y los intereses políticos y económicos. Al final, Calderón y Ángela se entregan a la pasión, un precioso ejercicio irónico en el que el amor también libra su batalla:

Cada uno busca terrenos nuevos con la boca, con las manos, con los sexos, saboreando y oliendo la piel conquistada. Mucha ropa, demasiada ropa en esas alturas andinas. Demasiadas prendas en el uniforme militar. Cuando finalmente

logran quedar desnudos, la unión es la victoria, el fragor del ataque inicial da paso al rumor cadencioso de los alientos en cada arremetida y el clímax de ambos, por turnos, destella con el fogonazo de la descarga final. (316)

La pasión erótica –ya se dijo– se constituía en un dispositivo controlado por el poder para sostener las alianzas entre los criollos, para buscar alianzas y vencer al ibérico. 1822, por el contrario, sostiene el discurso subterráneo de la independencia real de la que no se va a escribir, pero que estuvo viva durante las campañas libertarias. Que todavía sigue viva aquí y ahora, y que nos muestra los caminos por dónde debemos escribir nuestras historias personales y colectivas.

Al final, con la toma de Quito y la derrota del ejército realista comandado por Aymerich queda solo la orfandad, y la incertidumbre por las nuevas batallas a librar, a propósito de la repartición del botín independentista. La obra concluye con una serie de diapositivas textuales que dan cuenta de los hechos que se sucedieron en los días posteriores al 24 de mayo de 1822, a modo de créditos de una película a la que le faltó algo, o que, quizás, quedó incompleta.

A nosotros solo nos toca seguir soñando y buscar el éxtasis en la palabra, para apasionarnos y ser libres... O, como decía María Zambrano desde el inicio: buscar esa patria, que nos hace falta; esa nación que falta...

BIBLIOGRAFÍA

- BORGES, JORGE LUIS. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2005.
- PIGLIA, RICARDO. *Crítica y ficción*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- SALVADOR, ÍNIGO. *1822*. Bogotá: Editorial Planeta, 2022.
- ZAMBRANO, MARÍA. “Cartas sobre el exilio”. *Congreso por la libertad de la Cultura*, París, 1961. 65-70. <https://core.ac.uk/display/39110932?utm_source=pdf&utm_medium=banner&utm_campaign=pdf-decoration-v1>.

Villavicencio, Manuel
 Universidad de Concepción / Universidad de Cuenca
 Concepción, Chile / Cuenca, Ecuador
manuel.villavicencio@ucuenca.edu.ec
 ORCID: 0000-0003-3459-521X